

CAPÍTULO CATORCE

Konsultategia

Leandro abandonó el hotel media hora después y pagó la habitación dando unas explicaciones al recepcionista absolutamente innecesarias. Nada más salir a la calle, una pelota de tenis cayó a sus pies, y Leandro la lanzó de vuelta, con esa teatralidad que utilizan los adultos para ganarse a los niños. El pequeño iba con su madre y Leandro reconoció a Rosa Gaztelu: la secretaria de Antonio Aguirre.

—¿Rosa, verdad?

—¿Leandro Hill?

Su voz grave y sus ademanes poco femeninos eran inconfundibles.

—¿Te alojas en este hotel? —preguntó ella.

—Sí... bueno, no... he tenido una reunión con un cliente.

—¡Qué casualidad encontrarnos en Vitoria! Te presento a Galder, mi hijo; venimos, una vez por semana, a un logopeda en esta misma calle.

—¡Hola Galder!

Este le miró pero no contestó el saludo.

—Ya me contó Antonio, eres una mujer admirable.

—Para nada. Todas las madres se crecen ante los problemas de sus hijos. Es algo genético. Te aseguro que no tiene ningún mérito.

Leandro sentía una especial admiración por la gente que lucha infatigablemente contra un destino adverso, así que se interesó por la vida de Rosa y dio pie a una conversación a la que ella también parecía estar dispuesta. Tenía la intuición de que Rosa podría contarle muchas cosas que los demás no estaban dispuestos a mencionar.

—¿Debe ser difícil conciliar tu trabajo y la educación de Galder?

—No es fácil.

—Rosa, ¿podríamos quedar para hablar algún día fuera del trabajo? Necesito tu ayuda.

—Ahora si quieres. Bueno, si dispones de tiempo y no te importa acompañarme al logopeda. La clase de Galder dura una hora y, en ese rato, no tengo otra cosa que hacer.

Leandro sintió una ola de simpatía hacia esta mujer con la que le resultaba tan fácil sentirse cómodo. Así que caminaron juntos hasta llegar a un portal amplio, de “casa bien”, con una ristra de placas metálicas adornando la entrada. Algunas, de despachos de abogados; otras, de notarios; y, entre ellas, la de la Clínica Asperger.

Una vez arriba, una recepcionista saludó con familiaridad a Rosa y a su hijo. Les hizo pasar a una elegante habitación con dos sofás; sobre una mesita baja de madera descansaban los periódicos del día y algunas revistas del corazón.

Rosa puso al día a Leandro de los pormenores del autismo y de los avances que la medicina estaba realizando sobre ese tema. En general, muy poco esperanzadores:

—Para los niños con autismo, el mundo es un lugar amenazador. Pasan miedo todos los días y a todas horas. No se conoce el motivo ni cómo tratarlo. No se sabe si es hereditario, si lo causa alguna toxina en el medio ambiente o en el útero materno, si lo dispara alguna vacuna infantil o si la culpa es de algún desorden inmunológico. Es bastante descorazonador. Viven en un mundo en el que son perfectos extraños; amenazados por la luz, el sonido y el tacto. Se defienden mediante un complicado ritual de repeticiones de gestos.

>>Comencé a preocuparme por Galder, cuando tenía veinte meses, porque no hablaba nunca. Al principio, no quise darle demasiada importancia, varios miembros de mi familia habían aprendido a hablar muy tarde. Pero empezó a alarmarme el hecho de que no notara si yo iba o venía por la casa. Tampoco extendía sus brazos para que le sacara de la cuna. No le sorprendía verme, ni el hecho de que le dejara solo. Un día dejé caer al suelo un xilofón detrás de él, mientras miraba la tele, y ni siquiera parpadeó. Otra noche, en plena madrugada, me desperté y se me congeló la sangre: le oí reír solo. Fue estremecedor. Visitamos al médico de cabecera y a este le bastó con escuchar lo sucedido para entender que estaba frente a un caso de autismo. Fue un mazazo para André y para mí. En ese preciso instante, descubrimos que nos esperaba un futuro aterrador. En menos de un año la convivencia con mi marido se hizo imposible y nos separamos. Yo creo que para él fue un alivio. Durante un tiempo nos pasó dinero que me ayudó a pagar

especialistas y tratamientos; pero luego lo echaron del trabajo, y lleva ya en el paro más de cinco años.

En ese momento, Rosa agarró a Galder de un brazo cuando intentaba desbaratar un montón de revistas que había sobre la mesa.

—¡Deja eso, Galder! —dijo Rosa, y luego girándose hacia Leandro— Todavía le regaño a sabiendas de que un niño con este grado de autismo no entiende las instrucciones ni las preguntas. Da igual lo que le diga: ¡Ponte el abrigo! ¿Más puré? A él, estas frases no le dicen nada. Ni contesta, ni se inmuta. A veces, mientras estoy echando gasolina en el coche, golpeo el cristal para llamar su atención. Un niño normal gesticularía o sonreiría. Galder ni siquiera me mira. Me parte el corazón. Perdona que te cuente todo esto, no quiero amargarte la tarde con mis miserias —en ese momento cogió sin mirar una revista de la mesa y la volvió a dejar como arrepintiéndose—. La verdad es que no cuento con demasiados amigos con los que desahogarme.

—Eres una mujer valiente.

—Muchas veces me pregunto de dónde saco las fuerzas. Nunca me he planteado rendirme. Estoy segura de que algún médico o algún tratamiento harán más fácil el futuro de Galder. Estoy dispuesta a ahorrar el dinero que haga falta, trabajar las horas que sean necesarias para seguir intentándolo. He probado de todo. Tiene un terapeuta particular que lo trata a diario, menos los jueves: “terapia del habla”, una hora al día; y “terapia ocupacional”, el fin de semana. También estoy viendo la posibilidad de un tratamiento experimental en Estados Unidos en una clínica privada de California. Consiste en la inyección de un medicamento, llamado *Enbrel*, que normalmente se utiliza para la artritis, y que parece que

también está dando resultados contra el Alzheimer. Estoy esperando una ayuda para los gastos del Gobierno; pero, con los recortes en sanidad, no creo que llegue nunca. Ya ves, para que luego digan que los políticos nos aprovechamos de nuestra situación de privilegio en las instituciones.

Una chica jovencita salió de un aula pequeña dejando la puerta entreabierta. Al fondo, una madre ayudaba a su hija a colocarse el abrigo. Se dirigió hacia el hijo de Rosa y le cogió de la mano.

—Vamos dentro Galder. ¿Te acuerdas de *Mowgli*? El último día te gustó mucho el *Libro de la selva*.

—Pásalo bien Galder —le deseó su madre, aunque este ni siquiera volvió la cabeza.

La logopeda guiñó un ojo a Rosa y cerró la puerta.

—La clase durará una hora. ¿Dime qué quieres saber?

—¿Quién es Antonio Aguirre?

—¿Por qué me preguntas eso? —dijo Rosa mientras buscaba un paquete de tabaco en el bolso.

—El Lendakari me ha pedido que intente averiguar más cosas de su vida. Creo que tú ya le diste algunas pistas de sus últimos movimientos.

—Te invito a un cigarrillo abajo, no debemos hablar aquí.

En la puerta del número 20 de la calle Postas, Rosa prendió un Marlboro tras encender el de Leandro.

—Antonio es un hombre intachable. Ha sido mi jefe durante mas de veinte años y además hemos sido compañeros de partido durante veinticinco. Antes de entrar en el Partido Socialista de Euskadi, militó en el Partido Nacionalista Vasco, y antes de todo estuvo en el seminario, con los jesuitas, aunque no llegó a ordenarse. Formaba parte de la rama más radical del PNV, muy